

El ruido de la fugacidad¹ (Poesías)

Emilio Acosta Díaz, Pbro.

¹ Siempre que se trate de abordar la vida, las categorías espacio y tiempo son un referente del que ser humano alguno jamás ha podido escapar. Por eso, todo está allí circunscrito en el espacio y en el tiempo, en el mismo lugar en donde emerge la fatiga por retener, así sea en instantes, la unidad que se fracciona y dispersa polvo de tiempo. Definitivamente, *todo está allí, entre la existencia y la nada, entre el verano y el otoño* haciendo alarde de su fugacidad.

Ser humano significa ser capaz de retener, de manera consciente, todo aquello que ha sido grato, insípido y valioso para los sentidos en pequeñas fracciones de existencia y guardarlas en los anales de la memoria. A la hora de la verdad, toda trayectoria del ser deja rastros que engulle el olvido o que se refugian en la penumbra sospechosa del tiempo, moviéndose *entre la existencia y la nada*.

Ciertamente, el alma, solo ella, es capaz de percibir *su devenir detrás de los cerezos desnudos*, porque solo ella puede remontarse más allá de los límites y establecer el diálogo sereno entre lo inmanente y lo trascendente, puede convertirse en *polvo de estrellas* o en eternidad, puesto que, ella ha saboreado *la existencia pálida, lúgubre y gris de abajo, de la llanura extensa* en donde la vida suele, a veces, confundirse fácilmente con la noche y abandonarse para siempre.

No obstante, hay que esperar que sea verano y venga el otoño para mezclarse con el tiempo y el espacio entre *las sombras rójizas de la noche* o simplemente dejarse ir con la brisa, como lo hacen las hojas otoñales entre *el azul amarillento de los manzanos y nogales*.

Total, todo está embriagado de fugacidad en *las mañanas vestidas de azul, en la niebla oscura o en las noches profundas*, mientras continúa la búsqueda insaciable del ser. De allí que, *vivir entre el intersticio del pasado y el futuro* tiene sentido cuando los despojos se encienden otra vez, para siempre.

Todo está allí

No se cómo atraviesa la vida
esta fatiga inútil por detener el tiempo,
asir la mirada en la tarde fatigosa
que sigilosamente se escapa.

Tampoco he podido mantener la serenidad
y la paciencia del alma a la altura del corazón
porque se fatiga la vida
mientras los sentimientos uno a uno se dispersan.

Tal vez resulte un nuevo amanecer
después de una noche oscura o luminosa de cristal,
llena de estrellas o de sombras frágiles
que se diluyen entre memoria y tiempo.

De todas maneras, todo fluye
mientras la mente ensaya a detenerse
enamorada de la última luz del atardecer
o el perfil luminoso de las montañas.

Total, pasión, tiempo y vigilia
también pasan sin contemplación,
dejando huellas a la orilla del camino
de su presuroso andar.

No se por qué, ni cómo, sin embargo todo está allí
como la primera vez, tierno y vital,
extraño y desconocido, esperando y partiendo,
escondiéndose entre luces y penumbras de tiempo.

Entre la existencia y la nada

Sorprenden las miradas sigilosas de la vida
mientras el tiempo se desvanece,
con crueldad y sin fatiga,
entre existencia y nada.

No hay noche, no hay día,
hay tiempo fugaz deslizándose,
escapándose en todo momento
detrás de los cerezos desnudos.

Arriba, en las cumbres de las montañas,
el sol fugitivo se pierde
mientras aparecen estrellas fugaces
centelleando al borde de las montañas.

Oscuro y lento se vuelve ahora el camino
mientras se pierde entre los acantilados rocosos
de una existencia pálida, lúgubre y gris
que lo invade todo en instantes.

Abajo, debilitada y tenue, en la llanura extensa
se escucha el eco del silbido solitario
de una cigarra cansada
que se la está tragando la profundidad de la noche.

Tal vez para ella nunca amanezca,
tampoco se vuelva a ver la luz apacible
de un nuevo amanecer
pues, el tiempo puso su ancla en la oscuridad de la noche.

Tal vez para ella la ausencia
cargue con sus notas arrugadas,
se diluya en el magma asombroso del tiempo
y nunca más pueda ver el sol y la luna.

A lo mejor, pase a ser polvo de estrellas
diseminado en el infinito
o haga parte del universo de opuestos
agazapado detrás de sus notas y silencios.

Total, ser o no ser
deja de ser condición
cuando el todo se involucra en la nada
y se abandona para siempre.

Entre verano y otoño

Acaba de irse el verano
y se apaga el calor infernal que quema el alma.
Se diluyen los atardeceres fatigosos y prolongados,
mientras se mezclan con las sombras rojizas de las noches
otoñales.

No hay tregua para la imaginación,
tampoco espacios reservados para la mirada,
todo aparece ahora como una ilusión pasajera
que se diluye entre los laberintos de la historia.

Corren las horas cargadas de su propia fatiga
en tanto los días, con sus escurridizas memorias,
poco a poco se petrifican
en las profundidades del alma.

Inconmensurable es la tristeza, como dichosa la alegría
que nace cada vez que se vuelve niebla la brisa suave
de un otoño que apenas está por venir
con el azul amarillento de los manzanos y nogales.

No da espera la imaginación
tratando de llenar de paisajes extraordinarios
un sin fin de recuerdos de la vida,
resistiendo en las profundidades de la existencia.

Verano y otoño de otrora
van cerca en la ronda del tiempo,
acumulan caprichosos,
cada uno, su locuaz verdad.

No se si la vida toda se confunde
tratando de sintonizar con el tiempo,
tal vez el claro rojizo de la luna
los contemple y aguarde con complicidad.

No obstante, son solo tiempo
que viene y que va,
que se hace infinito,
que se desborda en eternidad.

Fugacidad

Esta mañana vestida de azul,
estaba tan clara y tan sutil la vida
que vi cómo se escapaba
presurosa de las manos.

Sorprendido abrí los ojos
para retenerla con la mirada,
asirla en mis entrañas
y pedirle que no se ausentara del espacio y el tiempo.

Que no se confundiera con la niebla oscura
de la noche profunda
porque más allá de la existencia fugaz
la esperaba ansiosa, tal vez, la nada.

Al parecer había perdido su encanto
por eso estaba frágil, sutil y desnuda
tratando de recoger sus despojos
entre el intersticio del pasado y el futuro.

Despojos que encienden otra vez la hoguera de la vida,
pero esta vez eterna,
dulce y fresca como los manantiales,
rozagante y nueva como la primavera.